6.
La estupidez como error radical de la educación

La consideración pedagógica de la estupidez conduce a la posibilidad de que su ausencia de la teoría, la investigación, la formación y la práctica educativas constituya un error radical de la educación. La hipótesis que aquí se sostiene es que la desconsideración de la estupidez ha contribuido a limitar la comprensión pedagógica de numerosos procesos formativos.

Desde el ERI, algunos de los errores más profundos de la educación no siempre se encuentran en lo que ésta hace, sino en lo que deja de ver y realizar. Los 'errores radicales' son aquellas equivocaciones graves que repercuten significativamente en la formación humana y permanecen invisibilizados, normalizados o excluidos de la conciencia pedagógica. No se caracterizan únicamente por sus efectos, sino por su profundidad y por su capacidad para condicionar silenciosamente la comprensión de la educación, precisamente porque rara vez son reconocidos como tales (Herrán & Xu, 2025; Herrán, 2026, en edición).

La situación de la estupidez parece responder a estas premisas. Como se ha argumentado en el capítulo anterior, su exclusión de los fines educativos, de los currículos, de la formación docente y de la investigación pedagógica constituye un indicador múltiple especialmente significativo de su invisibilización pedagógica. La cuestión relevante ya no es constatar esa ausencia, sino comprender por qué puede interpretarse como un error radical de la educación.

La paradoja es llamativa: la educación moderna ha promovido razonablemente la alfabetización, el desarrollo del conocimiento, la reflexión, el juicio y la autonomía. Sin embargo, al identificarse con procesos de adquisición y aprendizaje, puede resultar compatible con formas muy diversas de adoctrinamiento. Dicho de otro modo, una educación basada exclusivamente en el aprendizaje, como es la nuestra, favorece tanto la incorporación de conocimientos rigurosos como de conocimientos sesgados, tanto de comprensiones abiertas como de identificaciones rígidas, en el marco de lo que hemos denominado 'currículos descarados' (Herrán & Xu, 2025).

El problema educativo, según nuestra apreciación, radica en preguntarse e identificar qué se aprende, qué se elimina, desde qué condicionamientos y para qué se hace, desde qué fundamentos y cuestionamientos se promueve, qué tomas de conciencia acompañan a ese aprendizaje y por qué, si de lo que se trata es de educación, no se acepta y desarrolla abiertamente el reto molecular y estructural de una educación más allá del aprendizaje (Herrán, 2024). Como ya hemos visto, la premisa ampliamente asumida es que el incremento del conocimiento basta para reducir la estupidez. Sin embargo, esta expectativa resulta insuficiente o errónea. Diversos autores han señalado, desde perspectivas diferentes, que el conocimiento, la inteligencia y la estupidez pueden coexistir en las mismas personas y sociedades (Musil, 2007; Bonhoeffer, 2018; Cipolla, 1988; Gómez Ramos, 2014).

La Historia General y la Historia de la Educación muestran que la expansión de la escolarización, el avance científico y el acceso masivo a la información no han eliminado

formas relevantes de necedad, dogmatismo, dependencia intelectual, conformismo o comportamiento estúpido. La ciencia puede contribuir a paliar algunos de sus efectos, pero no a impedirla. El progreso científico y tecnológico carece por sí mismo de criterio formativo. Los mismos conocimientos pueden ponerse al servicio de la mejora humana y de su perjuicio, y los mismos avances pueden favorecer la vida o contribuir simultáneamente a formas de daño o destrucción individual, social o ambiental. El problema no radica en la ciencia, sino en la conciencia desde la que se genera, interpreta y utiliza. Desde esta perspectiva, una posible didáctica radical de la historia asociada al ámbito formativo de la estupidez consistiría en favorecer la toma de conciencia de procesos históricos en los que ésta ha desempeñado un papel decisivo, analizándolos y compartiéndolos mediante contextos educativos formales, no formales e informales. Su finalidad sería contribuir a una comprensión más profunda de la condición humana y favorecer una mayor complejidad y evolución formativa mediante la ampliación de la conciencia individual y social.

Un ejemplo clásico es la denominada 'crisis de los gorriones', en China. A finales de los años cincuenta, una campaña masiva destinada a eliminar estas aves por considerarlas perjudiciales para la agricultura provocó graves desequilibrios ecológicos. Su reducción drástica favoreció la proliferación de insectos y plagas que terminaron dañando las cosechas y agravando la hambruna. Más allá de sus circunstancias concretas, el episodio ilustra cómo una cadena de decisiones aparentemente razonables puede desembocar en consecuencias desastrosas cuando el conocimiento se desvincula de una comprensión suficiente de la complejidad de los fenómenos sobre los que se interviene.

Esta observación obliga a diferenciar entre instrucción y formación. La instrucción puede favorecer la adquisición de conocimientos, competencias y capacidades técnicas. La formación, en cambio, implica transformaciones más profundas relacionadas con la conciencia, la madurez, el juicio, el autoconocimiento y el modo de situarse ante la realidad, porque la formación no sólo depende de lo que se adquiere, sino también de lo que se ve, se rectifica y se deja atrás. Mientras que la ignorancia puede reducirse mediante el conocimiento, la estupidez exige conciencia.

Cuando ambas dimensiones se identifican indebidamente, surge la ilusión de que el crecimiento del conocimiento equivale necesariamente al crecimiento de la conciencia. Además, la identificación de la educación con el aprendizaje deja en un segundo plano otros procesos formativos ontológicamente comparables relacionados con la pérdida, el desaprendizaje, el desprendimiento, la desidentificación, el descondicionamiento, la meditación, el crecimiento interior y la evolución de la conciencia. La estupidez pone en evidencia que tal equivalencia no puede darse por supuesta. Más aún, su consideración pedagógica sugiere que algunas de las transformaciones formativas más profundas podrían depender menos de lo que se incorpora que de lo que se reconoce, cuestiona y suelta.

Esta misma lógica se expresa de forma particularmente visible en la identificación de la educación con el aprendizaje. Se ha advertido que la progresiva centralidad del aprendizaje ha contribuido a desplazar la atención desde la formación hacia los procesos de adquisición (Biesta, 2017; Herrán, 2024). Desde el ERI, el problema no radica en el aprendizaje mismo, sino en su absolutización. Cuando la educación se identifica con la adquisición de conocimientos, competencias, valores, creencias o identidades, otras posibilidades formativas quedan desplazadas o invisibilizadas. A los procesos de aprendizaje habrían de añadirse otros ontológicamente comparables relacionados con la pérdida, el descondicionamiento, la eliminación de errores, el desprendimiento, el

autoconocimiento, la meditación y la evolución de la conciencia. Como consecuencia, cuestiones relacionadas con la conciencia, el ego, la inmadurez, el autoconocimiento o los límites del sujeto han quedado relativamente relegadas. La estupidez aparece precisamente en este espacio desatendido. Su consideración pedagógica exige ampliar el foco más allá del aprendizaje y recuperar dimensiones formativas habitualmente marginadas.

La cuestión adquiere especial relevancia cuando se consideran los distintos agentes educativos. La estupidez no puede atribuirse exclusivamente al alumnado que aprende, ni constituye un fenómeno cuya comprensión deba comenzar por quienes lo hacen. Si actúa como contexto educativo invisible, su análisis debería iniciarse precisamente allí donde se generan los contextos de formación: en la cultura, en la sociedad, en las familias, en la ciudadanía, en los responsables políticos y administrativos de la educación, en los equipos directivos y en los propios educadores. Los estudiantes participan de este contexto, pero difícilmente pueden considerarse su origen principal. Más bien, su formación, sus actitudes, sus hábitos y sus desempeños educativos pueden interpretarse como expresiones parciales de una realidad social más amplia y, en gran medida, como resultados educativos de la sociedad adulta (Carrasco Gómez et al., 2023). Esta observación resulta especialmente relevante cuando se interpretan evaluaciones internacionales centradas en resultados educativos, como ocurre con frecuencia con los estudios comparativos sobre rendimiento escolar.

Con independencia de su utilidad técnica, existe el riesgo de situar implícitamente las causas de los resultados en los propios estudiantes, cuando éstos son también efectos de contextos familiares, culturales, sociales, políticos y educativos más amplios. Desde la perspectiva defendida en este ensayo, fenómenos como la inmadurez social, la ignorancia ignorada o la estupidez colectiva podrían constituir condiciones causales profundamente influyentes que rara vez son consideradas de forma explícita al analizar los resultados educativos. Como ocurre con la inmadurez o la mediocridad social, la estupidez se configura y reproduce previamente en los entornos que condicionan la educación. Esta inversión de la mirada posee importantes consecuencias pedagógicas.

Tradicionalmente, numerosos problemas educativos han sido localizados preferentemente en el alumnado: déficit, carencias, dificultades, falta de motivación o problemas de aprendizaje. Sin negar la existencia de tales fenómenos, una perspectiva radical invita a examinar también las condiciones que los generan, alimentan o perpetúan. Desde esta óptica, la estupidez no sería un problema principalmente estudiantil, porque atraviesa todo el ecosistema educativo y social.

Por tanto, la consideración de la estupidez como error radical no implicaría convertirla en una nueva asignatura ni en un objetivo curricular específico alcanzable con un conjunto de competencias “prácticas”. Su raíz nace en otro plano en el que no nos cansaremos de insistir: reconocer que la formación humana se desarrolla permanentemente en presencia de fenómenos como la ignorancia, el ego, la inmadurez, la mediocridad, el error y la estupidez. Ignorarlas no las elimina: al contrario, aumenta las probabilidades de que continúen actuando desde la invisibilidad.

La aportación pedagógica fundamental de este capítulo consiste, por tanto, en desplazar el problema desde la estupidez misma hacia su desconsideración. Siendo relevante que la estupidez exista, más grave aún es que la sociedad, los organismos supranacionales relacionados con la educación y, sobre todo, la Pedagogía y la Didáctica General, como ciencias de la educación y la formación, apenas la reconozcan como objeto de análisis,

investigación y formación. En este sentido, la exclusión de la estupidez puede entenderse como un error radical de la educación que afecta a una realidad educativa, personal y social universal, perenne y profundamente vinculada a las posibilidades y límites de la formación humana. Su reconocimiento constituye una condición necesaria para comenzar a comprenderla y afrontarla pedagógicamente.